

Notas de arte

EXPOSICIÓN RETROSPECTIVA DE RENÉ ROMÁN ROJAS (1)

Entro en el mundo alucinado de René Román Rojas y persigo desde lejos su inquietud abismante, su zozobra ardida y persistente, su única razón de haber vivido entre nosotros, tan honda y apresuradamente como un vuelo.

Miro largamente la estatuilla que representa su hijita *Orana María*. Joya de luz y de ternura, por sus venas cuajadas suben los ecos profundos de una profunda veta creadora. Al través de esta dulce forma de cinco años, revive y se estremece el mensaje del artista, rezumando violentas resonancias, lejanas músicas recobradas, verdes y lozanos manojos de campiñas.

Toda la tierra nuestra, la dulce y generosa tierra chilena, canta por dentro de esta explosión de amor y de belleza que él llamara—acaso evocando a Gauguin—*Orana María*. Su profunda y exquisita ternura, aprieta contra el pecho inocente, la amorosa muñeca de su retozo. Es el propio corazón del artista, sorprendido en actitud de canto y oración.

De profunda y neta raíz de artista, su estirpe asoma, se establece y queda como un mástil en la historia de su pueblo. No hay aquí desvío fácil ni oropeles extraños. Es el pasaporte de un viajero de alta alcurnia, cara a cara a los límites, afincado

(1) Sala Renoir, noviembre de 1949.

en la roca más firme y más saliente, imposible de atenuar o distraer porque no hay manera de abajar los altos signos ni apagar las lámparas de la noche.

Producto neto de la buena tierra chilena, así como un árbol lavado por las lluvias constantes, tan henchido en su arte, de gracia y alegría campestre, yo recuerdo aún a Rene Román, complejo, dulce y triste, ameno y solitario, lleno de esa desesperada ambigüedad del artista hondo y sufriente, pequeño y deleznable vaso humano para tanta inquietud y tanto anhelo.

Lleno de amor y de zozobra, imposible de sobrellevar su carga de música y ardor íntimo, qué sabemos nosotros por qué pesado envión de encubiertos mensajes electrónicos, se quebró al fin su joven cántaro terrestre.

Aquí ha dejado, sin embargo, el recuerdo impercedero de su paso entre nosotros. Entre todas las admirables obras de su arte, yo saludo a la que es su hijita *Orana María*. Al través de esta greda fragante, es como si cantaran azucenas silvestres, pichones recién nacidos, agüitas de albahaca y de poleo.

Toda la ternura del hombre y del artista aflora en estas manitas de soles mórbidos, en la gracia de su rostro moreno, su estatura de lirio o ala frágil.

¿De qué parábolas celestes, trajo el artista su haz de luna nueva, su asomo de aguas sin caminos, su tierna gracia campesina? He aquí que el alma del artista tiembla aún en los claveles de esta su niña bienamada, en su canela y su leche reciente, su tibia aureola como de pan candéal, al amanecer en los pescbres refrescados con esteros y cantos de gallos veladores.

Y es que de ahí asoma la estatura del que fuera nuestro amigo y compañero René Román Rojas. Canto y sueño de niño madurado a prisa, caminando siempre de prisa, como quien trae un mensaje insistente y es siempre la hora de dar y de partir.

He aquí su resumen, precioso y pleno, así como una joven medida en la cual se aprietan persistentes y avezadas promesas, porque él sabía que su tiempo era breve y su llanto y su espe-

ranza era tan urgente y desolada como el sollozo de los pájaros o el mensaje veloz de la estrella que pasa.

Mi corazón de mujer y de poeta, saluda a René Román Rojas, mas allá de su muerte, al través de esta su maravillosa exposición, donde resalta la ternura exquisita de su hijita *Orana María*.—OLGA ACEVEDO